

Reseñas

¿Semejante o enemigo?

Daniel Gil, Edmundo Gómez Mango, Jacques Hassoun, Carmen Felicitas Lent,
Claudio Scazzocchio, Marcelo N. Viñar, Radmila Zyggouris.
Marcelo N. Viñar, Compilador
Ediciones TRILCE. Colección Impertinencias Impertenencias.
Entre la tolerancia y la exclusión.

Pertinencia del tema

Sería de mi parte obvio y poco educado predicar la bondad del libro. Puedo sí afirmar la pertinencia y vigencia del tema, su permanencia como problema ineludible y su candente actualidad, para el que cada lugar y tiempo de la historia debe buscar respuestas nuevas y originales, buenas o malas.

Tema siempre bipolar o bifronte: íntimo y colectivo.

En su polo íntimo de cogitación interior, allí donde lo subjetivo, lo propiamente singular, lo más íntimo y privado, se recorta como relieve o contraste de las categorías del conjunto. Esa paradoja de que soy un hombre como todos y también distinto a todos (único, singular, irrepitible); cogitación que nos ocupa siempre. Y para poder hurgar o buscar quién soy, tengo que apoyarme en quién es el otro, como una encuesta en boomerang.

Y en la esfera pública, política, imprescindible para la vida democrática y para el debate cultural del reconocimiento de las diferencias, de la legitimación de la alteridad, del acceso y la conquista de la pluralidad, como topos (o lugar) donde la heterogeneidad es fuente de crecimiento y de riqueza.

Ese carácter bifronte, bipolar: íntimo y público, barre la frontera entre lo intrapsíquico y lo transpersonal. Lo interior y lo exterior son permeables. Como sostiene Bajtin, conciencia y cultura se dialectizan y se influyen mutuamente.

Por un largo camino de lecturas, de reflexión y de vida nos fuimos dando cuenta de que esas preguntas que nos acompañan o nos persiguen desde la infancia: ¿Quién soy? ¿De dónde vengo? (pregunta en singular o en plural sobre la identidad), es indisociable

de la pregunta de quién es el otro (“der Andere”), quién es el prójimo, que será siempre “modelo o rival, socio o adversario”, como dice Freud.

Por elección, o pregnancia del quehacer profesional (mandato del oficio) –los marxistas decían que la vida hace a la conciencia y que la fórmula no es reversible–, los psicoanalistas siempre buscamos un horizonte de infancia como origen de las cosas. Allí, en la infancia, nos construimos mientras construimos nuestro mundo. Concomitantemente. Por consiguiente, los primeros bocetos de inteligibilidad del quién soy, son coextensivos a una lectura comprensiva del mundo que me rodea.

Conciencia y cultura se hacen simultáneamente, pero en los comienzos (¿o siempre?) el mundo que me rodea como algo inmediato no es un mundo inerte, ni una naturaleza, sino un mundo humano, poblado de seres humanos, de prójimos, de semejantes. Por lo menos en una aprehensión animista, prerracional. En esa etapa inicial, no hay alteridad: el otro que amo u odio, es con un amor en la anexión, la gemelaridad y el unísono.

No es sólo que los hombres vivan en sociedad, sino que necesitan o fabrican lo social para poder vivir. Hay un nosotros, un alma colectiva, antes que individual. Nacemos en una matriz grupal, de lenguaje, de mensajes, nítidos u opacos. Es ese baño sonoro, de sentidos más o menos comprensibles, que nos va haciendo humanos. Hay que acabar con el mito del individuo aislado, clamaba mi maestro José Bleger. En los humanos, la individuación es lo último, está al final de un largo camino de discernimiento y discriminaciones sucesivas. Tener un pensamiento y opiniones propias es un logro tardío y siempre parcial o parcialmente fracasado. Y no son tantos los humanos que logran ese grado excelso de individuación, que es un logro, sin duda, pero que siempre se paga con dolor, sufrimiento y soledad. Siempre los otros nos influyen, nos mandatan, siempre vivimos inmersos en un cierto grado de sugestión e hipnosis.

Es por esta génesis, en muy apretada síntesis, que sostengo que el otro, semejante o enemigo, es parte constituyente de mi ser, de mi identidad. Que el sí mismo se recorta en contrapunto dialéctico, en contraste con los otros que están allí, como iguales o distintos, como semejantes o diferentes, o ambos términos en una compleja, contradictoria, a veces bizarra combinación.

¡Qué cerca y qué lejos está el prójimo! Qué idénticas u opuestas sus reacciones, sus percepciones frente a los mismos estímulos y situaciones. ¡Escándalo de las diferencias!

Experiencia de la vida íntima y de la vida pública: la pareja o el amigo que escogí, el hijo que engendré, los padres o maestros que me educaron ¡tan cercanos y opuestos!

Lo diferente rompe el equilibrio de la serie, se convierte en lo inesperado, lo que descoloca o descentra.

Para poder pensar se requiere la estabilidad de sentidos y significaciones compartidas. Somos hijos o productos de códigos interpretativos del grupo. Sin referentes todo es desorden, anarquía interior y del mundo (esto es lo que les pasa a los niños de la calle y maltratados).

El co-pensar de esa etapa inicial crea y concibe un prójimo a quien amar y someterse, por temor o indefensión. Por eso Todorov dice que las relaciones al otro inmediato son inicialmente de amor, odio u sometimiento, y solo después, mucho después, viene un pensamiento discriminado que puede conocer y valorar.

No se trata de suturar el abismo inmenso que existe entre la subjetividad y el espacio ciudadano de convivencia política; pero debemos y podemos atisbar pequeñas secuencias o itinerarios donde esos espacios heterogéneos interactúan y se dialectizan. No con una pretensión causal explicativa y determinista como buscaron los métodos del positivismo y la ciencia natural, sino admitiendo el conocimiento fragmentario y parcial que admiten los paradigmas de la complejidad.

Porque la barbarie está siempre allí, al acecho, virtual o explosiva y no podemos resignar de buscar pequeños fragmentos de comprensión y racionalidad.

No podemos desmoralizarnos por el fracaso de teorías políticas que parten de una concepción sustancialista de la naturaleza humana.

Arendt nos invita a partir de lo inmediato y accesible, la actualidad del acontecimiento y recorrer allí las formas de convivencia que apuntan a la destrucción o eliminación del otro, de aquellas, siempre llenas de incertidumbre, que reconocen la posibilidad de la existencia del alter, del legitimar su status y concebir un espacio de co-pertenencia, de negociación de la diferencia y de la enemistad. Trabajo interminable y penoso al que no podemos renunciar. La publicación de esta compilación es una contribución modesta pero cierta a este problema que siempre escapa a nuestra pretensión de abarcarlo.

Presentación de los autores

Los autores practican el Psicoanálisis, y piensan desde la experiencia y teorización que éste les brinda. Decir más simplemente que son psicoanalistas, daría una ilusión de homogeneidad a lo que no es unificable en una categoría profesional, cuando sus referencias teóricas y lealtades institucionales son diversas y heterogéneas, tal vez marginales a las ortodoxias dominantes hoy día.

También son diferentes sus países de origen y de residencia, destino a veces elegido, otras impuesto por las violencias de la historia. Sólo Claudio S. viene de la Biología Fundamental.

Radmila, Jacques, Edmundo y Claudio viven en París desde hace varias décadas, aunque uno nació en Yugoslavia, otro en Egipto, el tercero en Uruguay y el último en Italia. Carmen vive en Río de Janeiro, aunque nació en la Argentina y vivió varios años en USA. Sólo Daniel y Marcelo residen en este país, a veces llamado –quien sabe por qué– el Paisito. El primero es maragato, el último sanducero, exilados en Montevideo.

Sin duda estas errancias gravitan en la elección del tema sobre el cual reflexionan y escriben, aunque no sea tan obvio ni lineal establecer el nexo entre un curso de vida y el contenido de una reflexión.

Esta dispersión de “orígenes” y horizontes culturales es uno de los puntos de interés del libro.

En contrapunto a estas diferencias algo parece ser común o convergente a los diversos autores reunidos. Por lo menos a los ojos del compilador, el rasgo que se me hace más relevante para esta presentación es que no hacen un divorcio demasiado grande entre su práctica profesional y científica y su condición ciudadana y política. Lo que implica soportar una cierta dosis de opacidades e incertidumbres y “pensar en la perspectiva, no de lo que sabemos, sino de lo que querríamos saber. Lo que coincide con los propósitos explícitos de esta Colección.

Por ello, que el libro sea de autores múltiples no es un accidente sino una opción.

Marcelo N. Viñar

Jugando con la realidad I y II

P. Fonagy y M. Target

Estos son los dos primeros de tres trabajos que tratan acerca del desarrollo de la realidad psíquica y de su fracaso en los pacientes fronterizos. Fueron publicados en el IJPA en 1996 y en el Libro de Psicoanálisis de ese mismo año.

“Jugando con la realidad psíquica I”

Los autores sugieren que la definición de realidad psíquica propuesta por Freud no da cuenta del desarrollo subyacente a la evolución de la realidad psíquica en el sentido de cómo funcionan nuestras mentes y como la experiencia subjetiva de la realidad psíquica del niño difiere de la del adulto.

En el primer trabajo, los autores proponen un modelo que sitúa la noción de Freud de la realidad psíquica desde una perspectiva desarrollista. Esto significa que nuestra comprensión del mundo mental es radicalmente diferente en el niño pequeño y que depende de la interacción con otras personas suficientemente benignas y reflexivas.

Describen así que la realidad psíquica del niño muy pequeño posee un carácter dual. El niño opera generalmente en una modalidad de “equivalente psíquico” (lo que para Freud sería la realidad psíquica) donde las ideas son réplicas directas de la realidad y por lo tanto siempre verdaderas. Sin embargo, en otros momentos el niño utiliza una modalidad “aparente” donde las ideas se sienten como representacionales, aunque su correspondencia con la realidad no se examina. Existen evidencias que el afecto tiene un desarrollo anterior a lo cognitivo de manera tal que hay una comprensión de las emociones y de los deseos antes de la realización de la posibilidad de creencias diferentes.

Alrededor del cuarto y quinto año estas dos modalidades se van integrando cada vez más, estableciéndose una realidad psíquica reflexiva o mentalizadora, es decir que el niño adquiere la comprensión de que su propio comportamiento y el de su objeto tienen sentido en términos de estados mentales y además reconoce que estos estados son representacionales. En este sentido es de crucial importancia que un adulto o un niño mayor “juegue con él”, de manera que el niño vea su fantasía o su idea representada en

la mente del adulto, la reintroyecte y la utilice como una representación de su propio pensar.

Para ejemplificar en forma más clara este proceso los autores traen el caso de una niña de 4 años con el diagnóstico de fronteriza con múltiples síntomas (pesadillas recurrentes, terrores diurnos asociados en su mayoría a la separación, hiperactividad, agresividad y temor a la soledad y a la muerte).

Durante el tratamiento que duró unos años, el comportamiento de la paciente era totalmente simbólico, pudiendo hablar acerca de sus sentimientos, sueños, fantasías y distinguirlos de la realidad física. Sin embargo, su capacidad de mentalizar fallaba en algunos aspectos importantes y ciertos cambios que tuvieron lugar en el curso de la terapia resultaron similares a los descritos por los autores en los niños de 3 a 5 años.

El análisis de Rebeca, estaba dominado al inicio por la modalidad del equivalente psíquico, no habiendo un “espacio potencial” donde la experiencia de la paciente acerca del analista como padre podía ser comprendida. Sólo jugando con la realidad, permitiendo a Rebeca observar la representación mental del analista en el juego, pudo desarrollar una imagen de sus propios deseos de tener un padre, verlos como deseos, como parte de fantasías más formando parte del mundo real. Los autores sugieren que Rebeca no podía “jugar” a que tenía un padre por la reacción catastrófica de la madre a esta fantasía de la niña,

El niño pequeño, al intentar pasar de una modalidad dual a una modalidad integrada de la realidad psíquica se encuentra en un estado de mucha vulnerabilidad. La integración de la modalidad aparente (donde el niño cliva el pensamiento y el sentimiento de la realidad de todos los días) y la modalidad del equivalente psíquico (donde hay una ecuación de la realidad interna y de la externa) enfrenta al niño con dificultades cuando un pensamiento, que se siente que se vuelve real, produce una señal de peligro. Sólo cuando la modalidad aparente se integra gradualmente con la experiencia de la realidad psíquica correspondiente a la realidad externa, cuando los pensamientos de pronto se vuelven reales, surgen conflictos terroríficos. La resolución de este dilema surge por medio de la restricción radical de estas fantasías peligrosas primero, en la modalidad aparente y luego en un modo inconciente de pensamiento, a través del establecimiento de la barrera de la represión. En el caso de Rebeca la creencia de que su cariñoso abuelo era el padre había adquirido las cualidades de un hecho, transformando su muerte en un trauma de mucha mayor intensidad del que hubiera sido en otras circunstancias. En tanto en la transferencia, cuando el analista le mostró que

podía ser su analista o su padre, llamándole la atención sobre la realidad dual de que parecía un papá, pero que en realidad era el terapeuta, Rebeca hizo a su padre más real describiéndolo físicamente como alguien que había conocido y que se parecía al analista. Por eso fue muy importante que el analista jugara con las ideas de Rebeca y reconociera que formaba parte de su mundo interno y no de la realidad externa. Pudo llegar así a integrar la representación del analista-padre, como una experiencia subjetiva, sabiendo que era sólo una idea, que sus pensamientos y sus sentimientos eran representaciones más que una réplica de la realidad exterior.

En el juego de Rebeca lo que era importante no era simplemente jugar con la idea de un padre ausente, sino establecer una estructura donde los pensamientos y los sentimientos de cada persona podían imaginarse y ser considerados.

El trasfondo de los problemas de esta paciente era un estado de confusión e ignorancia acerca de las circunstancias actuales de su familia. La ausencia de un adulto en la casa que pudiera ayudarla a cerrar el espacio entre lo externo y lo interno la llevaba a necesitar de otro adulto, el analista, para proporcionarle el marco necesario para jugar y para reflexionar.

De esta forma el juego del analista con el niño tiene una función de valorizar el desarrollo dándole al niño la oportunidad de obtener una mejor comprensión de sus estados mentales.

El aspecto reflexivo del proceso analítico es comprender y no simplemente la empatía para hacer avanzar al niño de la modalidad del equivalente psíquico a la modalidad aparente y finalmente a la de mentalizar. No se trata de “copiar” el estado mental del niño, sino que tiene que ir más allá, ofreciendo una representación diferente pero experimentalmente apropiada. La mente del analista actuaría como un andamio para valorizar el desarrollo de la representación de la realidad psíquica del niño. El analista sólo gradualmente le irá mostrando al niño a través del contacto con su experiencia mental que es un conjunto de representaciones que pueden ser compartidas, jugadas y cambiadas.

“Jugando con la realidad psíquica II”

En este trabajo los autores hacen un breve resumen del trabajo anterior. Vuelven a enfatizar sobre la capacidad de reflexionar o de mentalizar sobre los sentimientos y los pensamientos que se construye a través de un proceso intersubjetivo entre el bebe y su madre o padre, el niño y el adulto, el niño y el hermano.

En este sentido su posición está reñida con la mayoría de los psicólogos desarrollistas en tanto que las teorías psicológicas actuales insisten en los precursores cognitivos de la teoría de la mente. El niño es visto como un procesador aislado de información, implicado en la construcción de una teoría de la mente desde principios básicos, acumulando las representaciones del mundo a través de la observación. Del punto de vista psicoanalítico esto constituye una imagen estéril que ignora el rol central de la relación emocional del niño con sus padres u otros cuidadores para fomentar la capacidad de comprender las interacciones en términos de estados mentales.

Target y Fonagy asumen, como la mayoría de los cognitivistas que trabajan en esta área, que el desarrollo de una teoría de la mente se canaliza o se prepara, pero que este canal no lo realiza la biología sino la interacción bebé-madre/padre. El desarrollo de los estados mentales de sí mismo y de los otros depende del sentido de la realidad psíquica del que tiene a su cargo el niño. Es la capacidad del niño de describir los estados mentales simbólicamente que le permite construir el mundo de la subjetividad, en la cual los sentimientos y los pensamientos pueden ser reales al mismo tiempo que no corresponden exactamente a la realidad externa o a las versiones de las otras personas de la misma.

La mentalización permite al niño ver las acciones de las personas como significativas a través de la atribución de los pensamientos y de los sentimientos. El niño de 4 o 5 años frecuentemente puede comprender lo que está haciendo al madre y por qué lo hace permitiéndoles a ambos una mayor independencia mental y física. La independencia emocional parcial marca un camino importante en las reacciones de los niños de 3 años, quienes generalmente necesitan un compromiso mucho más activo por parte de un subrogado paterno (niñera, maestra de preescolares o guardería). Otros niños más temerosos se sienten abrumados frente a la separación, al comenzar la escuela, porque no pueden experimentar su realidad psíquica de esta manera.

En segundo lugar, la mentalización permite una distinción entre verdad interna y externa, porque el niño ahora dispone de una función atenuadora para poder experimentar la realidad psíquica, en el sentido de poder manipular las representaciones mentales, defensivamente excluyendo o modificando las percepciones de la realidad. Si el niño puede atribuir el comportamiento aparentemente rechazante de una madre distante y desconforme a su propio estado emocional más que a él como malo, puede protegerse de una herida duradera respecto a la visión de sí mismo.

En tercer lugar, sin una clara representación del estado mental del otro, la comunicación queda profundamente limitada. En una conversación el locutor eficaz tiene que tener en cuenta constantemente el punto de vista de la otra persona.

Finalmente, la mentalización ayuda al individuo a lograr un nivel más alto de intersubjetividad, en términos de experiencias más profundas con los otros y una vida experimentada en forma más significativa.

En el resto del trabajo los autores examinan cómo su modelo se relaciona con las observaciones empíricas y formulaciones psicoanalíticas anteriores.

Con respecto al primer punto traen una serie de ejemplos de cómo se comportan los niños pequeños frente a sus propias creencias y pensamientos, en tanto la mente del otro no puede ser representada como una entidad separada.

En general los niños tienen éxito en tareas diseñadas para evaluar la comprensión de diferentes deseos o sentimientos un año antes del que pueden aprobar exámenes paralelos respecto a diferentes creencias. Estos hallazgos son consistentes con lo que estos autores han comprobado del punto de vista psicoanalítico del avance del desarrollo de las emociones y deseos en relación a las creencias.

Estudios experimentales con niños de 4 y 5 años demostraron que su razonamiento silogístico era superior cuando la tarea de razonamiento implicaba un planeta extraño en oposición al planeta tierra y a personajes de fantasía, más que a los padres del niño. Es en el mundo del juego que los niños pueden liberar parcialmente las representaciones de sus referentes y permitir que estas representaciones liberadas se modifiquen, creando una modalidad de pensamiento más flexible que permita emerger estructuras mentales latentes. De esta manera jugar o aparentar por momentos revela capacidades sorprendentes, mientras que en otros momentos ofrece oportunidades para la regresión y la expresión de inquietudes inconcientes.

Los autores vuelven a enfatizar sobre la influencia de un adulto o de hermanos para aceptar las dos modalidades de funcionamiento señalando que los niños con hermanos mayores y familias grandes adquieren una comprensión de las creencias falsas antes que los hijos únicos o aquellos con familias pequeñas. También se ha demostrado que el juego en el encuadre familiar predice la temprana adquisición de una capacidad para reflexionar sobre los sentimientos y las actitudes propias o ajenas, y por último, se encontró que la seguridad del apego se relaciona con la capacidad de mentalizar. Los niños cuya capacidad de apego es respondida libremente, se sienten libres para explorar

las mentes de los que los cuidan teniendo una doble ventaja del punto de vista del desarrollo.

Finalmente, los factores emocionales pueden impedir la disponibilidad de esta capacidad en áreas específicas (ejemplo de Rebeca) así como en el caso de niños con experiencias severas de deprivación puede que esta capacidad no se logre adecuadamente.

En cuanto al segundo punto del trabajo que se relaciona con teorías psicoanalíticas anteriores, traen en primer lugar a Winnicott. Ya este autor nos advertía que las influencias que actúan sobre el desarrollo del sí mismo del niño tienen una cualidad diferente al comienzo que en etapas posteriores y sólo si es ayudado por la madre u otro cuidador a aceptarse, a aceptar sus deseos, su agresión, su espontaneidad, podrá enfrentar en forma auténtica las demandas del mundo exterior, anulando la omnipotencia infantil. Esto lo describe con el concepto de falso self que sería un sí mismo desconectado con los estados emocionales y otros estados mentales.

Otro modelo que traen los autores es el de Matte-Blanco, quien describe diferentes formas de lógica que subyacen al pensamiento y un modelo estratificado de pensamiento que incorpora cinco capas desde el más racional al nivel más inconsciente, donde las características descritas por Freud pueden verse en su forma más pura. También describe dos modalidades de pensamiento, la modalidad heterogénica donde prevalece la lógica racional clásica y la modalidad indivisible donde la simetría impone su propia lógica.

Ninguno de los estratos descritos por Matte-Blanco corresponde precisamente a las dos modalidades de pensamiento descritos por Fonagy y Target en los niños pequeños aunque tienen un parecido a los estratos segundo y tercero respectivamente. En realidad la temprana estructura bimodal de estos últimos puede servir de fundamento para las formas estratificadas de pensamiento y las capacidades para la diferenciación e integración que Matte-Blanco ha elaborado.

En los escritos kleinianos, H. Segal en su contribución de las vicisitudes del desarrollo de la formación y de símbolos, al señalar que el niño pequeño trata la realidad interna como si tuviera una correspondencia necesaria con el mundo exterior, estos autores no se refieren a lo que Segal describió como ecuación simbólica. Lo que proponen Fonagy y Target es que los niños menores de 4 años, que se desarrollan normalmente, pueden simbolizar, es decir, ver algo que representa otra cosa. Lo que no tienen son símbolos para sus pensamientos. Todavía no tratan sus pensamientos como

simbólicos, representando, más que reflejando directamente la realidad objetiva. Un símbolo sería así una representación de una representación mental.

De acuerdo con estos autores la distinción que proponen estaría parcialmente relacionada con las representaciones-cosa y las representaciones-palabra. La primera es un correlato de la cosa en su totalidad y en la segunda la experiencia se halla acompañada de la palabra que le pertenece. Para ellos estas dos formas de presentación evolucionarían en forma diferente para las cosas de la realidad concreta y las cosas que forman parte del mundo mental.

Bion afirmó que el pensamiento tiene que existir para manejarse con los pensamientos, refiriéndose a la formación de los conceptos más tempranos y a la forma en que el bebe aprende a procesarlos. Estos autores sugieren que una experiencia similar se aplicaría al próximo paso cognitivo en la experiencia de la realidad psíquica. Alrededor de los 4 años el niño comienza a pensar sobre el pensamiento y en los sentimientos para comprender por qué las personas que él quiere actúan como lo hacen y de esta manera crear la posibilidad de mantener un vínculo psicológico a través de la separación física. Esto implica desarrollar un nuevo proceso cognitivo para dar sentido y manejar las experiencias mentales y para esto se lo estimula con un afecto no abrumador.

El psicoanálisis crea una única oportunidad para el cambio psíquico al ofrecer una situación donde el individuo pueda re-experimentar lo concreto de la modalidad del equivalente psíquico con respecto a su vida emocional, junto a la libertad imaginativa y la clara separación de la realidad exterior que ofrece la modalidad de funcionamiento aparente. A partir de esto puede surgir una nueva integración de la experiencia psíquica.

Britton ha aclarado la relación entre el desarrollo del pensamiento, especialmente la distinción entre creencia y conocimiento, y la realidad psíquica desde una perspectiva kleiniana. Describe la mentalización madura a la que denomina actitud epistémica, donde el paciente puede creer pero sabe que no sabe contraponiéndola a una forma mental más psicótica.

El niño muy pequeño, que aún no tiene la capacidad de mentalizar, está forzado a creer en sus pensamientos y sus sentimientos como si vinieran de afuera, se ve forzado a creer que sus pensamientos y sus creencias espejan correctamente el mundo real.

Otro aspecto del trabajo de Britton nos recuerda que las creencias tienen consecuencias (1995). Él describe cómo las implicaciones dolorosas de las creencias pueden defender a los adultos de una variedad de estrategias. Afirma que para los

adultos, hacen que el mundo interno se sienta real, así como la percepción nos hace real el mundo externo. Los autores señalan que para el niño pequeño que experimenta el mundo en términos de equivalente psíquico, la realidad psíquica es sentida no sólo a través de la creencia sino también a través de la percepción. De esta forma, la conciencia general del mundo físico puede ser superimpuesta a la realidad interna, distorsionando la memoria y el razonamiento del niño para encajar lo que ve a su alrededor. El niño, así, está más bajo el dominio de sus creencias y de sus consecuencias. Es probable que esto lo empuje hacia la modalidad del aparentar y el jugar, ayudándole el clivaje entre creencias y consecuencias hasta que mirando al adulto gradualmente podrá ir cerrando el clivaje respecto a la experiencia de sí mismo.

Fonagy y Target ya habían mencionado que los niños pequeños pueden encontrar un grave obstáculo cuando las fantasías tales como los deseos edípicos se convierten en representaciones que se oponen a la realidad exterior. Algunas representaciones aparentes pueden ser activadas intensamente de manera que invaden el mundo mental en su modalidad actual, antes que el niño esté pronto del punto de vista del desarrollo. Esto fue ilustrado en el caso de Rebeca cuando las ideas excitantes se volvieron peligrosas debido a la ecuación pensamiento realidad.

Steiner (1992) ha investigado las defensas que operan en diferentes niveles de las dos posiciones básicas kleinianas. Los autores sostienen que el clivaje “normal” que se describe en la posición depresiva a nivel del “miedo a la pérdida del objeto”, pueden extenderse por lo menos en el niño pequeño a utilizar una modalidad dual de la realidad psíquica. La modalidad del equivalente psíquico podría entenderse como operando a través de la relativamente benigna identificación proyectiva que Steiner describe como mecanismo clave para reducir este miedo a la pérdida. Los autores especulan que, en el desarrollo normal, aceptar la pérdida de una ilusión de posesión exclusiva y permitir la emergencia de una situación triangular puede ser un punto importante que ofrece la oportunidad de funcionar en un nivel más alto dentro de la posición depresiva y que esto está conectado en forma crucial, que las ideas son meramente ideas.

No es entonces una coincidencia que el niño logre o fracase al hacer esta transición cognitiva en el momento tradicionalmente asociado al conflicto edípico. Muchos autores han observado recientemente que la exitosa elaboración de la situación edípica implica una especie de apertura del pensamiento a un espacio triangular que puede ocurrir a través de jugar con la realidad. De esta manera Ogden basado en los trabajos de Segal y de Bion, concibe el modo aparente de funcionamiento desarrollándose de la

triangularidad del símbolo, lo simbolizado y el sujeto que interpreta. Es decir que el pensador generando sus propios pensamientos e interpretando sus propios símbolos. Britton no sólo argumenta la aceptación de las relaciones triangulares internas proporcionan el espacio para pensar y la posibilidad de mirar las relaciones diádicas desde la perspectiva de un tercero, sino que consolida la posición depresiva y proporciona una estructura estabilizadora.

En cuanto al desarrollo del sí mismo, la concepción de Freud de que en la temprana niñez los otros del mundo exterior eran extensiones del sí mismo, si bien es una descripción precisa del punto de vista fenomenológico, Target y Fonagy ven al sí mismo como originariamente una extensión de la experiencia del otro.

Kohut (1971, 1977, 1984) observó que la frustración óptima o que las fallas inevitables de los cuidados maternos proporcionan la fuerza impulsora para retirar la investidura del objeto y volver a dirigir estas fuerzas motivacionales a la formación de la estructura psíquica. Su concepto de internalización trasmutadora describe el proceso por el cual el niño aprendía gradualmente a llevar a cabo las funciones psicológicas que anteriormente eran realizadas por el objeto.

Hoy día se ha confirmado (Stern 1985) que el bebe es sensible desde el principio a la separación física del sí mismo y del objeto. La separación mental, sin embargo, es un logro más del desarrollo. Para que se desarrollen las representaciones de los estados mentales (modalidad mentalizadora de la realidad psíquica), el niño necesita ser sensible a la naturaleza inexacta de la reflexión del que lo cuida, para percibir su experiencia psicológica en la cara y en las acciones de esa persona, mientras que se da cuenta que éstas no son las propias experiencias actuales. Esto lleva al niño pequeño a tratar la reflexión de los padres como una representación, que prepara la base del pensamiento simbólico (representacional) de los estados mentales.

El énfasis de la psicología del self sobre el rol del objeto-self de sostener al sí mismo y mantener la autoestima puede también amoldarse al esquema referencial de Fonagy y Target. Para ellos la baja autoestima sería una consecuencia del fracaso del que cuida al niño de darle el significado a las acciones de éste, llevando a un empobrecimiento de su mundo interno. El comportamiento empático de los objetos self aumentan la autoestima a través de la facilitación de un sentido de intervención mental que el niño experimenta como derivando directamente de sus propios estados mentales.

La capacidad del cuidador para extender una visión del niño que siente y que piensa lo ayuda a pensar acerca de las experiencias mentales. Con los desafíos internos y

externos de cada etapa del desarrollo, es necesario re-encontrar una integración mentalizadora de la realidad psíquica. Todas las etapas de maduración del sí mismo psicológico es crítica para determinar la capacidad individual para adaptarse a los desafíos del desarrollo interno y externo. El individuo tiene que lograr una perspectiva global en la que los sentimientos creados por los acontecimientos sean reconocidos como representaciones mentales pudiendo encontrar una perspectiva más flexible para jugar con la realidad para poder vivir de manera más cómoda en ella.

Raquel Morato de Neme

Duelo: revisión y reconsideración

George Hagman. International Journal of Psycho-Analysis,

Oct. 1995 Volume 76 Part 5

“Ya no hay razones para esperar que todos los pacientes tristes constituyen un grupo homogéneo, así como no las hay para esperar que todos los pacientes con fiebre lo constituyan. Los mismos síntomas, incluso el mismo grupo de síntomas, pueden tener diferentes causas en diferentes pacientes. .. Y para empeorar las cosas, las mismas causas subyacentes pueden producir diferentes síntomas en diferentes pacientes, o aún diferentes síntomas en un mismo paciente, en diferentes momentos.”

C. Brenner (1974).

- Se cuestiona el modelo psicoanalítico clásico del duelo normal, reacción a la pérdida de un ser querido u objeto significativo, como un proceso doloroso conducente a una nueva identificación, desinvestidura y reinvestidura y se propondrá un modelo alternativo que deja la propuesta freudiana como una de las posibles formas de duelo.
- Ubica la propuesta de Freud sobre el duelo en el contexto de su estudio del narcisismo en un determinado entorno socio-histórico-cultural.
- Se revisan los conceptos de identificación y ambivalencia de Freud en relación al tema.
- Toma algunas manifestaciones aparentemente “normales” aportadas por Abraham que cuestionan las hipótesis tradicionales como por ejemplo la sensación de alivio ante la muerte de un ser querido o la de alguien que “no descatectiza” a la persona perdida.
- Se relata el caso de una paciente citada por Fleming & Altschul (1989) que había perdido a sus padres en la infancia y que el proceso de análisis la lleva no sólo a la aceptación de la muerte (de aquellos), sino a poder pensar en ellos con “sentimientos profundos”, lo que le permitió restablecerlos como objetos internos constantes así como disminuir su angustia con relación a sus propias fantasías destructivas, y de esta forma mejorar el vínculo transferencial con su analista.

- Propone la posibilidad de que en el duelo: 1) en lugar de la descatectización del objeto perdido se produzca una estructuración estable de la relación con éste; 2) en vez de hallarse siempre un nuevo objeto como sustituto del perdido, se produzca una recatexis del objeto perdido en nuevos lugares o funciones; 3) un proceso en el que se continente y acompañe empáticamente al paciente en análisis en el que no tiene porque producirse un alejamiento del mundo o incapacidad (transitoria) de amar.
- Efectúa un correlato con los hallazgos psicológicos no psicoanalíticos y transculturales dado que los procesos de duelo tal como han sido descritos tienen un componente consciente y comportamental explícitos. Basándose, fundamentalmente, en el estudio realizado por Wortman & Silver (1989) arriba a las siguientes conclusiones respecto del duelo normal: 1) La angustia y los sentimientos depresivos no son inevitables. 2) La angustia no es necesaria y su ausencia no es un indicador patológico. 3) El proceso de perlaboración puede efectuarse en forma silenciosa, con ausencia de dolor intenso, e incluso de forma inconsciente. 4) La expectativa de un funcionamiento similar al existente antes de la pérdida no es una constante. 5) No siempre se alcanza una situación de desenlace como la descrita tradicionalmente en psicoanálisis; el mismo Freud en carta a Binswanger le escribe “Sabemos que el intenso dolor que se siente después de una pérdida llegará a su fin, sin embargo permaneceremos inconsolables y el objeto jamás hallará sustituto”.
- Se aborda el duelo desde la perspectiva histórica y cultural considerándose que la estructura de aquél está condicionada por estas últimas, al menos en parte, sin olvidar la complejidad y oscuridad de la articulación entre conductas e inconsciente. Se ejemplifica con un estudio de P. Aries (1974, 1981) sobre la cotidianeidad de la muerte en la Edad Media con ostensibles manifestaciones de dolor y los cambios en los siglos XIX y XX con los efectos de la *medicalización* de la cultura (la muerte como una falla médica y las expresiones “exageradas” de dolor como debilidad y pérdida del control). Se citan algunos estudios transculturales como por ejemplo el de Oppku (1989) sobre muchas sociedades africanas cuya actitud hacia la muerte y el muerto es comprensiva e integradora. El muerto se transforma en el ancestro que se mantiene como miembro de la tribu, reverenciado y vivo, con el que se mantiene comunicación espiritual.
- Las investigaciones de Wortman y Silver (1989) citadas por Hagman indican que sólo una minoría alcanza la resolución del duelo propuesta por Freud. Por otro lado,

los resultados de varios estudios longitudinales sobre el duelo apoyan estas conclusiones (Wortman y Silver, 1994) por lo que se propone un cambio referencial teórico.

- Finalmente propone que el proceso de duelo exitoso incluye una serie de respuestas adaptativas con relación a demandas concretas que surgen de la pérdida. Este modelo del duelo normal incluye una serie de elementos que dependen de factores psicodinámicos, sociales e histórico-culturales:
 1. Aceptación y comprensión de la realidad de la pérdida.
 2. Posibilidad de expresar y ligar el dolor (relación con la experiencia primaria de desamparo y capacidad de simbolización).
 3. Armonización con el entorno cultural y social.
 4. Transformación de la relación psíquica con el objeto perdido.
 5. Restauración interna del self y de los vínculos con el medio social.

Abel Fernández Ferman

Avances en psicoterapia psicoanalítica: hacia una técnica de intervenciones específicas

Hugo Bleichmar

Hugo Bleichmar en su libro **Avances en psicoterapia psicoanalítica**, *Hacia una técnica de intervenciones específicas*, (1997) nos muestra su gran experiencia clínica, un profundo conocimiento de Freud y de otros importantes pensadores psicoanalíticos. Se percibe una sólida formación teórica con profundas raíces en la reflexión sobre su propio trabajo y el de otros psicoanalistas, desde allí desarrolla ideas novedosas. Estas son rigurosamente coherentes con sus propuestas para ajustar intervenciones en la práctica psicoterapéutica.

La depresión un estudio psicoanalítico, (1976) es un importante antecedente. En dicha obra, percibimos un psicoanalista que hacía años estaba interesado y trabajaba mucho en torno de las depresiones. Pero Bleichmar no solamente se destaca en dicha área, también ha ido desarrollando un modelo modular transformacional de la psiquis con el que propone una psicopatología psicoanalítica general. Con su modelo general como guía, él configura una forma original de psicoterapia psicoanalítica, pensando y trabajando discriminadamente según los diversos tipos y subtipos psicopatológicos predominantes en sus pacientes.

Su propuesta modular-transformacional para enfocar las depresiones, en 1996 obtuvo un lugar en el *International Journal of Psychoanalysis*. Se publicaron algunas de sus ideas bajo el título: “*Some subtypes of depression and their implications for psychoanalytic therapy*”. Dicho artículo es un antecedente básico de lo que aparece al año siguiente como libro titulado *Avances en psicoterapia psicoanalítica*; allí verdaderamente despliega su modelo modular transformacional como una teorización general del funcionamiento de la psiquis.

Avances en psicoterapia psicoanalítica, nos motiva a una reflexión crítica minuciosa, nos impulsa a trabajar no sólo a partir del texto en sí; además nos promueve a volver “sobre” Freud (como Laplanche) y a estudiar la bibliografía que se recomienda. Se trata de una bibliografía extensa, actual y sobre todo muy pertinente.

Para abundar sobre algunos valores de este polémico libro quiero agregar que en él, aún los problemas más teóricos se plantean en un ambiente clínico. La atmósfera clínica

favorece la integración reflexiva de aspectos emocionales puesto que los vamos contrastando vivencialmente con nuestra propia experiencia de trabajo. Por ejemplo: la pregunta “¿Cómo está inscrita la intencionalidad agresiva en el inconsciente?”, nos enfrenta a una temática absolutamente abstracta. Bleichmar responde, desarrollando puntos de vista teóricos ya conocidos, pero que no le satisfacen, y cuando va a exponer el suyo nos propone: “Empecemos por lo que nos enseña la clínica, que aunque no tenga el carácter de verdad autoevidente no deja de proveernos de una orientación sobre la dirección en que van las cosas.” Luego, continúa planteando sus propias respuestas alternativas y lo hace manejando un pensamiento diádico interactivo que se explicita lúcidamente complejizado en su modelo modular-transformacional.

El constructo hipotético de Bleichmar, es una metáfora teórica que plantea la psiquis en forma de sistemas motivacionales (redimensionando la sexualidad, el narcisismo, el apego y la autoconservación), cada uno de ellos con una génesis y una actividad propia suficiente como para considerarlos módulos discriminados entre sí. El autor propone varios sistemas motivacionales, varios módulos, que siendo relativamente independientes, al mismo tiempo están muy interrelacionados entre sí, constituyendo una compleja red serial y en paralelo. Aún así, indica que en la sesión, en la estructura del encuentro con cada paciente, la interacción siempre se produce con un sistema motivacional predominante. Destaca que este predominio puede cambiar aún durante una sesión y especialmente mientras se construye la historia terapéutica, lo señala por la necesidad de hacer las intervenciones ajustadas para el módulo sobresaliente.

Bleichmar entiende que en el pensamiento de Freud ya está un modelo modular de la psiquis, dice: “Freud optó decididamente por la concepción de la medularidad. Por ejemplo: el sistema inconsciente es diferente e independiente del sistema de la conciencia, cada uno regido por sus propias leyes de organización y funcionamiento, pero articulados. También en la clínica, en el análisis que hace del “Hombre de las ratas”, donde muestra la convergencia y articulación para la producción del síntoma de un número muy grande de dimensiones: deseos de diversos tipos, angustias, defensas múltiples, erotismo anal, regresión, juego del significante, papel del significado inconsciente de ciertas fantasías, experiencias vividas, etc. Dimensiones que tienen, cada una de ellas, su propio origen y línea de desarrollo.”

El autor nos impulsa a seguir trabajando su modelo teórico general para integrarlo con los conocimientos específicos que surgiendo de nuestra práctica la hacen psicoterapéutica y alejan la posibilidad de iatrogenia. Es decir, impulsa a que el saber

(que puede ser el no pensado) en parte integrado y en parte creado en la sesión (y en la sucesión de sesiones) vuelva en las intervenciones (y en el intercambio inconsciente) promoviendo el cambio psicoterapéutico de cada paciente concreto. Además, nos alienta a una confrontación reflexiva, honesta y minuciosa con nuestras teorías psicopatológicas generales –propias o asumidas.

De esta obra, se desprende que la pragmática de la comunicación es necesaria para teorizar los efectos de la interacción discursiva en la construcción (diádica) de las transferencias recíprocas durante la sesión psicoanalítica. En relación a lo antes dicho están los aspectos más polémicos de la propuesta de este autor, sobre todo en relación a las características de la intervención del analista en los que se suelen llamar pacientes con “patología por déficit”. Las preguntas giran en torno a lo no constituido en el paciente y sus respuestas respecto al carácter constituyente de la situación psicoanalítica especialmente de las intervenciones del psicoanalista son las más controvertidas. De todos modos las preguntas están muy bien planteadas y las dificultades que podamos ver en las respuestas lejos de invalidarlas nos lanzan el desafío de hacer nuestro intento de responder en la teoría y en la práctica. En “Avances en psicoterapia psicoanalítica”, Bleichmar nos orienta por caminos de experiencia-abstracción, de deconstrucción-construcción, y en los acuerdos y desacuerdos nos vamos transformando, nos vamos formando.

Alfredo Vares